

*Llámalo X*, de Marinella Terzi

Ediciones SM, Colección Gran Angular, 2000

La trayectoria narrativa de Marinella Terzi, escritora, editora y periodista, aunque quizás no ha sido valorada por la crítica, es verdaderamente significativa, sobre todo si nos atenemos a la parte de su creación para niños, adolescentes y jóvenes que se remite a problemas de la realidad y no vacila en tratarlos con sinceridad, emoción y agudeza literaria. Si ya en *Espiral*, Edelvives, 1994, se adentraba en el tema de la drogadicción en los jóvenes y luego en *De Gabriel a Gabriel*, Edelvives, 1997, exploraba en los abismos profundos del alma humana al mostrar la compleja relación entre un padre ausente y la imagen que el hijo despechado se forma de él, ahora con *Llámalo X*, Ediciones SM, 2000, nos demuestra ser una gran narradora dotada de posibilidades infinitas para comunicar con los jóvenes y un mundo interior muy rico que compartir con ellos.

Lo primero es que este deviene para el lector como uno de aquellos pocos libros en verdad escritos para él. Por mucho que con los años uno gane en experiencias vitales, más de una vez, se puede sentir, a lo largo de su vida, en la misma circunstancia de incertidumbre que Carla, la protagonista de la obra, ante una persona nueva que no conoce y le llega a fascinar más por sus encantos velados, su misterio, su modo de proyectarse o de quedar a la sombra, que aquello que pudiera resultar más evidente de sí.

En tal sentido, este libro para jóvenes está muy bien escrito, pero diría más: logra rejuvenecer a quienes hemos pasado esa primera etapa de adolescentes y, sin embargo, guardamos adentro todavía aquella dosis de indecisión ante determinadas cosas que la vida nos presenta de improviso. Algo que fascina de este libro es la soltura, el desenfadado y la naturalidad (que no naturalismo) al narrar. Creo que, sin grandes aspavientos, todo fluye de una manera armoniosa y pese a que todo sea estrictamente cotidiano, hay cierto encanto ante cada nuevo hallazgo que Carla va realizando en su nueva vida, es decir, cuando deja atrás las simplezas infantiles que aún permanecen en su edad y comienza a pensar –como más adulta– en el mundo que le rodea.

Fascina por demás el modo intertextual en el que la autora va refiriendo el aprendizaje de esta pandilla tan variopinta. Citas de libros, de películas, de canciones. Es obvio que la “literatura moderna” debe ser así cada vez, mucho más intertextual, ¿pues no lo es acaso el mundo en que vivimos, en el cual se reciben a diario toneladas de informaciones y por los medios más diversos?

David es, por supuesto, el detonante, el conflicto mayor, el **leit motiv** de este tan sugerente como inquietante libro. La aureola misteriosa que le envuelve desde el primer momento lo hace tan carismático que el lector casi cree verlo y que hasta siente que lo ha conocido de siempre. Es ese ser “intolerado” (¿se podrá decir así?) que, sin embargo, aboga por la tolerancia hacia los demás y arrastra a los seres sensibles por su personalidad enigmática, por su rico mundo interior y por supuesto, por ser portador de la mejor arma: la cultura. Es de un trazo exquisito, sobre todo por su esencia comunicativa, su **modus operandi** tan elegante y sensible. Lo más importante no será saber cómo sea David en realidad -si se le debe llamar “X” si es gay o no. Si esconde algo bochornoso o no en su pasado. Mientras menos se nos diga de David, con su carismático aire de “hombre enfundado con sombrero” –eso recuerda una bella canción del cubano Silvio Rodríguez: “Óleo para una mujer con sombrero” que se inspira en un cuadro de Marc Chagall–, más podremos imaginarnos e idealizarlo

a él. De veras, es un personaje que merece una novela en sí mismo. Pues su magia cautiva desde el primer momento.

Obviamente, con el relato que hace Carla de David ocurre un tanto como con aquel de *El Gran Meaulnes*, el delicioso y entrañable jovencito que se consume de amor en su interminable fiebre adolescente. Carla es quien sucumbe a la magia de este David “sin edad” y va dando trazos de un hombre que, como diría Paulo Coelho en el tan célebre como debatido *El alquimista*, se empeña, cueste lo que le cueste, en llevar a cabo su leyenda personal.

El mundo familiar de Carla también resulta fascinante. Sus padres en lo suyo (y aquí hay más intertextualidades del ámbito del teatro). La relación con el hermano que se va a buscar la vida a New York. Las comunicaciones entrambos por ese inquietante medio que puede ser un e-mail.

Párrafo especial merecen los razonamientos de la autora sobre Michael Ende y los hombres grises. Esas reflexiones son algo verdaderamente formidable dentro del libro. Ende es una especie de abismo, un pozo, un manantial sin fondo, del cual todo escritor contemporáneo debe beber mientras más pueda. Los razonamientos sobre “el muro” y sobre la libertad son capaces por demás, de tocar muy hondo a cualquier lector y mucho más en el sentido de que quien más valora algo así (la libertad, el amor o lo que sea), será precisamente aquel que no lo posea.

Se ha escrito pues, un libro muy hermoso. Un libro de esos que al cerrarlo, uno se felicita de haber leído. Cabe también, felicitar a su autora y desear que esta obra sea valorada justamente por los jóvenes lectores, quienes tanto riesgo deben correr para encontrar algo auténticamente trascendente y enriquecedor en un panorama literario donde tanto hay para escoger.

(Enrique Pérez Díaz)